

El foro de las princesas

Linda Kavanagh

Erase una vez que todas las princesas y heroínas de los cuentos de hadas se reunieron en el estudio de Blanca Nieves para discutir acerca de la escasez de príncipes inteligentes.

“Ya decidí que no tiene sentido permanecer en mi casa esperando a que algún idiota se abra paso por entre la maleza”, dijo la Bella Durmiente (quien por cierto estaba bien, pero bien despierta).

“Pues yo estoy harta de ese lunático fetichista de pies”, dijo Cenicienta. “¿Pueden creer que alguien elija a su compañera para toda la vida tan sólo por el número de zapato que calza? ¿Cómo puede cualquier mujer que se respete, casarse con un tipo así?”

“Después de ser la criada de los siete enanos”, exclamó Blanca Nieves, “no quiero volver a ver a un hombre en lo que me resta de vida. Ninguno tapó jamás la pasta de dientes o lavó sus calcetines apestosos.”

“Sé perfectamente a lo que te refieres”, dijo Rapunzel. “Ese que llegó a cortejarme no era tampoco muy vivo. ¡Imaginense, atrapada en lo alto de una torre, sin poder escapar, estaba fascinada cuando ese tipo subió, segura de que mis días de prisionera habían terminado. ¡Pero el tonto volvió a bajarse! Cada vez que trepaba prometía traer una escalera, pero siempre se le olvidaba.”

“¿Se le olvidaba, mis pies!”, dijo Cenicienta (quien tenía cierta fijación con los pies). “Lo único que espero por tu propio bien es que no te haya metido en algún aprieto.”

“¿Aprieto?” preguntó Rapunzel muy sorprendida. “¿Cómo podría ser? Desde el día en que ustedes me rescataron, me siento de primera. Estoy comiendo como si fuera un caballo y he subido de peso que da gusto...”

“¿Qué, qué? gritaron todas las princesas y heroínas al unísono. “¿Dijiste que has subido de peso que da gusto?”

“Sí”, dijo Rapunzel feliz en su inocencia. “Sólo hay un problemita que seguro alguna de ustedes me podrá aclarar. Ultimamente he tenido un poco de náuseas en la mañana...”

Rapunzel miró de reojo: todas se encontraban sumamente consternadas.

“Y pensar que nos reunimos para discutir sobre la escasez de príncipes...”, gruñó Blanca Nieves.

“...y al parecer, aquí hay un príncipe que se pasó de listo”, anadió malhumorada la Bella Durmiente.

“Bien, pues sólo hay una cosa que podemos hacer”, dijo Cenicienta, “y es llevarla con la abuelita de Caperucita Roja en el bosque. Es una experta en este tipo de situaciones. La llevaré inmediatamente, después que termine esta reunión.”

Rapunzel permanecía calladita, desconcertada ante las reacciones que habían generado sus comentarios. Se dijo a sí misma que para otra vez no abriría la boca.

“Perfecto”, dijo Blanca Nieves poniendo orden a la reunión. “Estamos aquí para discutir lo de los príncipes. Puesto que los únicos de que disponemos constituyen un lote que deja mucho qué desear, ¿qué vamos a hacer?”

“Eso díganlo por ustedes”, saltó Ricitos de Oro. “Yo

nunca he tenido un príncipe para mí. Para que lo sepan, ser perseguida por tres osos no es nada divertido. Preferiría un mozo a un oso, para variar de vez en cuando.”

“Estoy de acuerdo”, gritó Rapunzel, rompiendo el silencio en que había decidido encerrarse. “Yo opino...”

“Si yo fuera tú” le dijo Cenicienta mirándola directo a los ojos, “me callaría la bocota”.

“Orden, orden”, pidió Blanca Nieves. “Repito: ¿qué vamos a hacer?”

“Me parece que todas somos víctimas de estereotipos”, dijo Caperucita Roja. “Todo el mundo presume que para vivir felices para siempre, cada una debe llevar un príncipe a cuestas. A mí denme mejor un buen espécimen de lobo. O un leñador”, agregó bajando la mirada y ruborizándose feliz debido al fresco recuerdo de recientes momentos.

Una idea objetable

“No veo para qué necesitamos a los príncipes”, dijo la Bella Durmiente. “A mí no me atrae particularmente la idea de tener a un idiota que llegue y trate de anexarse mi territorio al suyo, pretendiendo que se ha enamorado locamente de mí.”

Tomado de *Fem.* núm. 44, México DF, febrero-marzo 1986.

Traducido por Rosamaría Roffiel de *Rapunzel's Revenge*; ATHIC Press, Womens in Community Publishing Course, Dublin, 1985.

“Pero las princesas *tienen* que casarse, y *tiene* que ser con un príncipe”, dijo Ricitos de Oro. “De otra manera no habría herederos para el rey, y...”

“Rey”, repitió Cenicienta. “He aquí una idea que objeto. ¿Por qué no pueden ser para la Reina?”

“Supongo que es como el uso de la palabra ‘hombre’”, dijo Caperucita Roja, “que al decirlo incluye a hombres y mujeres por igual.”

“Pues por lo que respecta a mí, me niego a que me llamen hombre”, protestó la Bella Durmiente. “Ni siquiera parezco uno de ellos, ¿o sí?”

“Pues yo estoy cansada de comportarme como se supone que las princesas deben comportarse”, dijo Blanca Nieves. “No soy delicada ni tonta y mucho menos débil. Cualquiera que pueda mantener limpia una casa para siete machines enanos –sin perder su salud mental– tiene que ser una persona muy fuerte.”

“¿Se han dado cuenta, dijo de pronto la Bella Durmiente, de que en muchos de los cuentos nuestras enemigas son otras mujeres?”

“Eso es porque fueron los hombres quienes los escribieron”, dijo Cenicienta. “Se sienten bien cuando las mujeres se pelean entre sí por obtener la atención masculina”.

“Pues entonces”, exclamó la Bella Durmiente, “sólo tenemos que reescribir nosotras mismas los cuentos. A mí me encantaría rescatar a algún tipo guapo a quien un tío maldito o un padrastro mantienen encerrado en una torre o un castillo.”

“Ese es un argumento ridículo”, dijo con desdén Ricitos de Oro.

“Ya lo sé”, dijo la Bella Durmiente, “de hecho es la historia de *nuestros* cuentos pero al revés.”

“Espero que no vayamos a revertir la situación”, dijo Cenicienta. “En ese caso, sólo estaríamos invirtiendo los papeles de opresor y oprimido, y yo no quiero oprimir a nadie.”

Todas las mujeres asintieron con la cabeza.

El primer cambio

“El primer cambio que yo deseo hacer”, opinó Blanca Nieves, “es que mi madrastra, la Reina, se pase de nuestro lado. Una vez que no estemos en competencia por la aprobación de los hombres, no importará quién de las dos es la más bonita. Y ya no estará celosa de mí. Además, es una mujer muy brillante, tiene su propio laboratorio en el sótano del castillo. Estoy segura de que podré con vencerla de que utilice la ciencia de la farmacología para hacer el bien en lugar del mal.”

“Si lo pensamos bien”, dijo Cenicienta, “no habrá necesidad de que ninguna otra mujer sea nuestra enemiga si dejamos de pelear por ver quién se queda con esos machos idiotas. En vez de eso, ¡cómo nos podríamos divertir juntas!”

En ese preciso momento (como ocurre siempre convenientemente en los cuentos de hadas), tres príncipes llegaron a la puerta del castillo. Habían pasado horas en un “ego-viaje”, a través del bosque, en busca de dragones que vencer o de indefensas princesas que rescatar.

Notando que Cenicienta los miraba a través de una de las ventanitas, a los tres les brillaron los ojitos. El pri-



mero hizo una reverencia exageradísima y casi se cae del caballo. “¡Hola, preciosa”, gritó el segundo. “¿Necesitas ser rescatada?”, preguntó el tercero.

La respuesta de Cenicienta no fue para nada el tipo de lenguaje que se esperaba normalmente de una refinada princesa.

“Invítalos a entrar”, dijo Blanca Nieves, picándole las costillas. “Opino que debemos comunicarles que los estamos eliminando del libreto.”

Los príncipes se veían desconcertados cuando entraron, escoltados, al cuarto lleno de princesas y heroínas. Estaban acostumbrados a coquetear con mujeres, pero una por una, y un cuarto lleno de ellas era algo muy amenazador.

Rápidamente, Cenicienta les explicó la discusión que había tenido lugar y las conclusiones a las que las mujeres habían llegado. “Así que, como verán”, les informó, “no estamos impresionadas para nada con toda esa fanfarronería machista.”

Los tres príncipes se miraron unos a otros, sorprendidos. “¿Quieren decir que ya no tendremos que ser fuertes, audaces y valientes?” preguntó el primero.

“¿Quieren decir que las princesas *no son* todas frágiles e indefensas?”, preguntó el segundo.

“Sí, para responder ambas preguntas, dijo Blanca Nieves, estamos hartas de comportarnos según el estereotipo de princesa que fija cómo debemos hacerlo. De ahora en adelante, vamos a ser como queramos realmente.”

Una vez más, los príncipes intercambiaron miradas, alzando las cejas al unísono. “¡Fiuuu!” exclamó el primero.

“¡Qué alivio!”, dijo el segundo.

“Es la mejor noticia que he tenido”, dijo el tercero. “Yo estoy cansado de sentirme siempre presionado para que sea valiente y temerario. A veces tengo muchísimo miedo, pero nunca he podido decirselo a nadie. Pensé que era el único hombre que sentía así.”

El segundo príncipe dijo, “qué tranquilidad poder actuar naturalmente. A mí me paralizaba el terror tan sólo de pensar que tenía que atravesar esas espesas zarzas que rodean el castillo de la Bella Durmiente. ¿De veras que nunca más tendré que hacerlo?”

“Definitivamente no”, dijo la Bella Durmiente. “Podrás llamar a la puerta como cualquier visitante civilizado –tan pronto mande a quitar las zarzas y a limpiar el palacio.”

“Vamos a juntarnos la semana próxima en tu castillo”, dijo Ricitos de Oro. “Juntas podremos acabar la limpieza en una tarde.”

Todas estuvieron de acuerdo, incluyendo a los tres príncipes. Mientras tanto, Cenicienta se las había arreglado para sentarse junto al segundo príncipe. "¡Eres lindísimo!" le murmuró. "No me importaría incluirte en mi nueva historia."

El príncipe se tornó escarlata, aunque se veía sumamente halagado. "A mí tampoco me importaría", dijo tímidamente.

Una relación profunda

En ese momento se escuchó un fuerte golpe en la puerta, y otro príncipe, cargando una escalera, fue conducido dentro del cuarto. Su desconcierto inicial desapareció cuando vio a Rapunzel. "¡Querida!" exclamó complacido.

"¡Precioso!" respondió ella, y se arrojaron uno en los brazos del otro.

"Me preocupé muchísimo cuando no te encontré en la torre", murmuró el príncipe. "Había planeado una huida tan romántica."

"Bueno", dijo Blanca Nieves, "por lo menos tiene la decencia de aparecerse."

"¿Te diste cuenta siquiera, preguntó Cenicienta palmeándole el hombro, de que preñaste a esta pobre criatura?"

Rapunzel y su príncipe estaban azorados.

"Pero yo pensé..." empezó el príncipe.

"¿Qué carajos quieren decir?" inquirió molesta Rapunzel. "Me parece que están yendo demasiado lejos."

"Tú misma nos dijiste que habías subido de peso que daba gusto", dijo Blanca Nieves.

"Eso es porque he estado tomando la píldora", replicó malhumorada Rapunzel. "No pensarán que íbamos a iniciar una relación profunda y comprometida sin responsabilizarnos por ello."

Las princesas y heroínas ahí reunidas emitieron todas un suspiro de alivio.

El pobre lobo

Justo entonces la puerta se entreabrió, y apareció un hocico con largos y brillantes colmillos. Cenicienta abrió de golpe, y un enorme y peludo lobo rodó por el suelo.

"¿Qué demonios estás haciendo aquí?" exclamó enojada Caperucita Roja.

"Lo siento", dijo el lobo levantándose. "Sólo buscaba a alguien que comerme. Ya es muy tarde y me estoy muriendo de hambre."

"Pues para que te lo sepas", dijo Cenicienta, "este tipo de conductas ya no son aceptables. Hemos decidido reescribir los cuentos de hadas, y si no te comportas cívicamente te echaremos de la historia de Caperucita Roja."

"Por favor, no hagan eso", pidió miserablemente el lobo. "Yo me como a la gente sólo porque no tengo dinero para comprar comida. La gente rica como ustedes nunca piensa en nosotros los pobres."

El grupo permaneció en silencio por un momento. Entonces, Cenicienta habló: "Quizás podamos remediar la situación pagándole alguna cantidad regularmente a aquellos que no ganen lo suficiente para vivir." Volviéndose al lobo preguntó, "¿Prometes que dejarás de comerme a la gente si esto puede ser arreglado?"

"Palabra de lobo", dijo el lobo levantando la garra derecha. Honestamente prefiero la comida de lata o la congelada. La gente suele darme indigestión..."

El grupo se puso de pie y todos comenzaron a prepararse para partir.

"Voy a casa a tener una plática muy seria con mis hermanastras", le dijo Cenicienta a Ricitos de Oro, mientras se ponía su capa. "Recientemente llevé un curso de autoafirmación personal y aprendí cómo defenderme de esas dos tiranas. Terminaron mis días de esclava del lavadero."

"¡Bravo, exclamó Ricitos de Oro, "y por favor dime

"La fotógrafa dijo:

-¿Y se encuentra a gusto quedándose en casa?

Teresa dijo: -Más que fotografiando cactus.

La fotógrafa dijo: -Aunque fotografíe cactus, es su vida. Si vive sólo para su marido, no es su vida.

Teresa se sintió repentinamente irritada: -Mi vida es mi hombre y no los cactus. También la fotógrafa hablaba con irritación: -¿Es capaz de decir que se siente feliz?

Teresa dijo (con la misma irritación): -¡Claro que me siento feliz!

La fotógrafa dijo: -Eso sólo lo puede decir una mujer muy...

-no quiso terminar de decir lo que pensaba.

Teresa lo completó: -Quiere decir: una mujer muy limitada.

La fotógrafa se contuvo y dijo: -Limitada, no. Anacrónica.

Teresa dijo pensativa: -Tiene razón. Eso es exactamente lo que mi hombre dice de mí."

Milan Kundera

Recordando a Julieta Kirkwood

Señora usted camina por el lado del Orden del amparo de la casa linda y grata con olor a limpio de los niños recién bañados y comidos "guatita llena" corazones contentos y en pijama -jornada cumplida-esperando al Padre al Abuelo al General su amigo quien repetirá el prodigio de las buenas noches de queda para los buenos días calcados de próximos cinco años que vendrán.

Usted viene, señora, de la patria de las perfectas madres luminosas alabadas rol perfecto/perfecta sonrisa, cara collar y pelo acomodado que siempre atenta y cariñosa jamás denotará la fuerza femenina puesta en acarreo de la cruz de guerra gamada que decidida antigua providencia o nueva atravesó por once veces y media por el torso de su esposo, jamás.

Y será Ud. panal de miel señora sonriente y generosa pero como piedra dura para expresar que no quiere usted mujer en la calle ¡perseguida! en la oficina, en la fábrica ¡cerradlas! ni en gritos desfiles pretensión de otra vez caos ¡encerradlas!

(Furgón reja hambre luma gurca /escudo: dolor dolor).

Para Ud. es así y yo la entiendo.

Pero acá nosotras espúreas feministas políticas clandestinas de grito y de imagen atragantadas con exigencias de tripas y de almas mirando golpes mirando muertos mirando adultos muertos niños clérigos o laicos desaparecidos. Otra vez, siempre al borde de romería insistente protesta letanía para que nos oigan o nos miren los que no quieren ver ni leer ni

escuchar ni siquiera después de la euforia de su victoria absoluta asombrosa a lo Pirro y le explico: emperador romano que sobre todos venció pero que hubo de volverse solo camino a sus honores porque ya todos muertos aquí y allá.

Pero acá nosotras inventoras -ya indignadas- de mundos de procesos abiertos sacudidos de lo injusto. Acá nosotras salidas de las casas ¡aire fresco! y juntas ¡aire cálido! buscando consiguiendo que se unan de otro modo las palabras y los actos, los deberes y los seres, el pensar con el hacer y decidir y el elegir en la libertad de la vida sin rol encerrado y obligado ni en lo público ni en lo privado: queriendo conjugar en serio de una buena vez el verbo ser de a dos, de a tres o de a quinientos sin que número que sexo quite o ponga consistencia al vínculo de humanizar la humanidad y esto en gesto repetido.

Julieta Kirkwood Bañados, chilena, cientista política y socióloga feminista. Profesora investigadora de FLACSO. Fundadora del Centro de Estudios de la Mujer, Movimiento Feminista, Mench 83, Casa de la Mujer La Morada. Creadora de la Revista *Furia*. Autora de: *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. FLACSO, Santiago de Chile 1986. Falleció en Santiago en abril de 1985. El texto fue extractado de su artículo "Hay que tener niñas bonitas"; *Furia* núm. 6, Santiago de Chile, noviembre de 1984. *Eugenia Hola* ❧

dónde tomaste ese curso. Creo que necesito algo así para lidiar con estos tres osos tan agresivos."

Una vez afuera, la Bella Durmiente esperaba montada a horcajadas sobre su caballo. "Chavos!, ¿están bien?" preguntó mirando a los tres príncipes que parecían un poco desolados y quienes -típico- se habían colocado aparte de las mujeres.

"Desde luego", contestó el primer príncipe, sacando el pecho. Entonces recordó lo que se había hablado en la reunión. "Bueno, de hecho, no", confesó. "Para ser realmente honesto -ahora que todos vamos a ser honestos con todos-, me estoy muriendo de miedo nada más de pensar que tengo que regresar solo a casa y cruzar ese bosque tan oscuro." Los otros dos príncipes estuvieron de acuerdo con él.

"No se preocupen", dijo la Bella Durmiente. "Sus castillos me quedan de paso al mío. Conmigo estarán a salvo."

"Además", añadió Blanca Nieves desde la puerta del castillo, no hay nada que temer si el lobo, las brujas y los dragones ya son nuestros amigos."

1 Mexicanismo por muchachos; *cabros*, pues.

Cenicienta se acercó al segundo príncipe. "Si tienes miedo de irte solo a casa", le murmuró, "iré contigo y te tomaré de la mano."

El segundo príncipe y Cenicienta desaparecieron juntos por el bosque.

"Adiós a todos", dijeron Ricitos de Oro y Caperucita Roja, mientras se encaminaban por el sendero.

"¡No lo olviden, les gritó la Bella Durmiente, la semana próxima en mi casa! Cuando hayamos terminado de quitar las zarzas, haremos una fiestecita con música y vino. ¿Están todos de acuerdo?"

"Suena sensacional", dijo el primer príncipe.

"¿Tienes whisky en casa?" preguntó esperando el tercer príncipe. El lobo estaba demasiado ocupado comiendo -sentado a la mesa de Blanca Nieves- como para contestar, pero se las arregló para asentir con un gruñido.

Rapunzel y su príncipe sonrieron enamorados, pudiendo apenas pensar en otra cosa que no fueran ellos mismos.

Una vez que todos se hubieron ido a casa, Blanca Nieves cerró la puerta del castillo y se dirigió al laboratorio de su madrastra. Quizás, pensó, ahora sí vivirían realmente felices para siempre. ❧